

# El \$ecreto millonario

Estaba analizando mi situación frente a un cafecito con torta, después de una larguísima jornada en una multitienda de retail, en la cual trabajo vendiendo ropa a la gente fina. Tenía los pies hinchados y una alegría inconmensurable, pero contenida, me invadía. Ese café, fue algo así como un pequeño break en mi vida, un premio necesario, justicia sobrenatural del universo por tantos malos ratos y humillaciones que había tenido últimamente. Tenía en mi poder la noticia que todos hemos soñado alguna vez en la vida; aquello imposible de sospechar, se hacía realidad, yo era millonaria, pero nadie lo sabía. Simplemente esto era una especie de magia, pero una merecida, era así, todo esto me lo merecía, porque soy una chilena común, eso quiere decir, sufrida, trabajadora, siempre luchando, administradora de excelencia de un sueldo paupérrimo con el que sostengo a 5 personas y un perro, enamorada y entregada a un amor que no me correspondió sino con su infidelidad y sus mentiras.

Llevaba 5 meses separada de un jetón maldito que se metió con la vecina, no diría que era mi amiga, pero la veo desde que tengo uso de razón, viviendo un par de casas más allá. Es ordinaria, bien acinturada y tetona, glúteos infinitos, con el pelo teñido siempre rubio, del rubio feo y quemado por el sol. Ese perfil le gustó a éste desgraciado. No sé desde cuándo, pero los pillé y destrozaron mis proyectos en cosa de minutos, ¡qué minutos! No pensó en nuestro pequeño Kevin y que él, en su inocencia infantil, tiene a ese tipo innombrable como el superhéroe, “Súper Papá”. ¡Qué asco! No quiero pensar en esa ordinaria arriba de mi ex marido, pero eso ya es otro cuento que prefiero bloquear.

Cuando me di cuenta de que mi boleto del Kino, tenía todos los números coincidentes, aparte de la increíble impresión, supe de inmediato que ese bodrio me querría seducir de alguna forma, para quedarse con mi premio, así que tardé 10 segundos en darme cuenta también, que esto sería un secreto de Estado. Debo reconocer que una frialdad extrema con ese bicho asqueroso, se hizo parte de mí. Yo era una nueva millonaria, algo impresionante, inaudito, infartante, magnífico notición para mí. Rectifico, Kevin y yo... eso.

Decidí entonces que lo mejor era ir al banco y que ellos se hicieran cargo, pero no al mío, no a ese banco donde me depositan el sueldo, sino pensé en uno que fuera un poco más rimbombante. Mis ignorancias financieras me habrían podido poner en riesgo y no quería cometer ningún error fatal. Simplemente lo hice sin cuestionar más. Suelo proceder así en mi vida. Soy algo impredecible, impulsiva y también arriesgada.

Un ejecutivo bien parecido me hizo tomar asiento en su pupitre lustroso y estrictamente ordenado. Después que le expliqué mi cometido, me ofreció un café con galletas de las finas. Adquirí raudamente otra categoría, una que nunca había tenido.

¿Cuánto tiempo se necesitará, para ocultar la bendita fortuna? Surgieron las primeras interrogantes.

Por conversaciones que había tenido con un abogado de familia, sabía que los divorcios no son muy rápidos, algo de 3 años. Necesitaba paciencia a manos llenas, pues mientras eso no se produjera, tendría que compartir mi premio con el tipejo ese.

Mi mamá nunca ha sido capaz de ocultar algo, ni los regalos de navidad tenían escondite seguro, ni menos los secretos que alguna vez, ingenuamente le confié. Así es que ella tampoco calificaba para resguardar el secreto millonario. Siempre he pensado que si no conoces algo, no te inquieta, no molesta, no hace ruido, por lo tanto, mi familia estaba quedando fuera por ahora.

El señor del banco me explicó miles de cosas que sonaban con gran lógica y me iban acrecentando el poder intrínseco de tales millones intocables. Pero empecé inevitablemente a sacar cuentas y vi que era necesario proteger mi esencia simple, honesta y transparente. No estaba dispuesta a negociar con mis valores. La calma y la prudencia tenían que ser mis aliadas principales.

La gestión del cobro del premio, entre pitos y flautas, demoró un par de semanas. Abrí una cuenta corriente para esos fines. Los paseos a la notaría tuvieron que ser en mi hora de colación, reuniones con el ejecutivo bancario pintoso después de la jornada, una que otra cotización en mis días libres, miraba escondida ofertas de propiedades o viajes soñados, tan sólo para ser feliz con la imaginación, mientras tanto. Nada podía despertar sospechas. Pero ¿cómo se ocultan mil quinientos millones de pesos durante tres malditos años? Era algo realmente increíble. Los primeros días no dormía pensando cómo iba a cambiar mi vida y la de mi hijito. El bodrio asqueroso se declaraba cesante y llevaba tres meses sin depositar ni un peso, debido a lo cual, unos días antes de todo esto, había iniciado un proceso de mediación.

Un sábado, cuando salgo a comprar, lo vi saliendo de la casa sucia. Sentí el odio agolpado en mi cabeza, combinado con el sabor de la dulce venganza que me regalaba el destino. Lo miré con desprecio, él desvió la vista y me sentí como una especie de gigante frente a una hormiga. Mientras se alejaba, cometí el más exquisito asesinato emocional posible de imaginar, lo aplasté con mi pie de varios metros hasta que murió para siempre en mi cerebro y en mis sentimientos. Una delicia simplemente embriagadora.

Ese fue el primer efecto de mi premio, la anestesia emocional a la traición del hombre que amé. Una maravillosa sensación me llenaba el corazón y la mente de proyectos. En eso me enfoqué.

Se comenzaron poco a poco a ordenar las prioridades vitales, analizar las carencias familiares, a surgir la necesidad natural de recompensar a los leales y aplicar

indiferencia a los otros. El dinero otorga poderes humanos y transforma realidades muy objetivas. La gracia está, en mantener intactas las estructuras afectivas y valóricas. Es complejo si no existe equilibrio de todo lo importante que se sostiene.

En mi casa, mi padre jubilado y enfermo casi no incide en las decisiones. Mi mamá lleva todo el quehacer doméstico, cuida al papá y a Kevin, para que yo trabaje tranquila, y mi hermano maneja un taxi que tiene ya 10 años de uso y miles y miles de kilómetros, pero no hay dinero para cambiarlo y se asume así no más. Él tiene una hija de 7 años a la cual debe dar una pensión de alimentos y la visita semanalmente, como debe ser.

El taxi muchas veces está en panne y genera más gastos que utilidades. A veces me pedía dinero para sus repuestos y nunca lograba devolverme todo, porque la vida lo iba pillando de atrás y al menos yo contaba con un sueldo fijo, además de mis turnos extras y las comisiones por ventas, que engordaban mis ingresos a fin de cada mes.

Para que el presupuesto nos alcanzara había diseñado una minuta alimenticia muy estricta. Las compras del supermercado o la feria, las hacía con máximo resguardo y sin Kevin, que va pidiendo cosas en cada metro de avance. La peluquería estaba vetada para mí, en realidad, casi todo tipo de gasto “superfluo”. De modo, que la fortuna oculta, podría ser más que una ayuda, un cambio definitivo de vida.

Lo primero que pensé fue que me daría algunas pequeñas libertades. Por ejemplo, cosas que pudiesen ser relativamente explicables. Una de ellas era cambiar el taxi de mi hermano. Sin embargo, debía tener una excusa creíble para pasarle el dinero. Unos ocho millones serían suficientes. Le ofrecería la devolución de esa plata en innumerables cuotas mensuales, explicando un supuesto préstamo de mi empleador. Me pareció fantástico. Así tendría un mejor trabajo con el vehículo nuevo, podría desenvolverse con más tranquilidad y aportar a la casa de mejor manera también.

Un día cualquiera me llamó el bicho insolente, por los temas de la mediación familiar, quería “negociar” según él, pero yo no. Ése día no estaba de humor y lo ignoré con bastante crueldad. No tenía espejo cerca, pero estoy segura que en mi cara había una sonrisa esbozada y en la boca sentía los sabores sublimes del poder ¡qué locura, era gusto a chocolate!

Entonces traté de volver a mi centro y cambié de opinión, lo llamé al día siguiente cuando logré aplacar mis ímpetus e iras desenfrenadas. Igual no llegamos a acuerdo, pero lo intenté. Me ofrecía cincuenta lucas. Seguro no tiene idea de cuánto vale una bolsa de pañales o un kilo de leche para Kevin. Un descaro inaceptable. Tal vez pensaba que con unos cinco o diez mil pesos me alcanzaba y el resto me lo gastaba en ropa para mí. Antes de cortar, se quedó en silencio y me cambió abruptamente el tema, dijo que él no estaba enamorado de la rubia fea, que ella todo el tiempo se le ponía por delante, que la carne es débil... ¡LA CARNE ES DÉBIL!, otro descaro más del sinvergüenza ese. Perdí la paciencia y le corté. Pero la soledad que vino después me tambaleó un

momento. Gracias a Dios, sentí que Kevin necesitaba cambiar sus pañales y eso me sacudió de la estupidez que amenazaba con tumbarme.

Volví en mí, y preparé la mesa para la once, esperando que mi hermano llegara pronto. Mi mami suele preparar todo, sin embargo tenía ganas de mostrarle todo mi afecto y admiración, empezaría por ocuparme de atenderla en estas pequeñas cosas para que descansara de todos nosotros. A sus años, creo que muy pocas veces alguien le sirvió a ella.

Al llegar mi hermano, estaba la mesa lista, para los cuatro con mi Kevin. El papá no se levanta mucho y mi mamá le lleva hasta su cama, hacía un año que había tenido un accidente cerebral y de a poco, parecía que volvía a la infancia.

Mi hermano venía con el rostro sombrío, a pesar de que trataba de disimular. Antes de que la mamá regresara del dormitorio le pregunté qué le ocurría, cómo habían estado las carreras del taxi, en fin, trataba de indagar.

- Me chocaron la punta del copiloto. Ahora antes de llegar, y no lo pude pillar al desgraciado, se me arrancó. -dijo con rabia e impotencia.

- Pero anotaste la patente me imagino.

- Sí, sí, pero en estas condiciones no puedo sacar el auto a trabajar y no sé cómo juntar la plata para el arreglo. La niña tiene que comprar sus materiales del colegio y mañana le llevo eso a su madre, pero no tengo más. No le digas a la mamá, que ella se pondrá a llorar y sufre tanto con mis cosas... ¿ya?

- ¡Ay! Pero va a mirar el auto, se va a dar cuenta igual

- Mmmm...

- Yo justo quería contarte algo, el sindicato me ofreció un préstamo con descuento por planilla, súper conveniente y pensé en que cambiaras el taxi. No se hable más, me pagarás las cuotas de a poco. Así que tomamos once y revisamos el auto que compraremos. Lo haremos a tu nombre, hermanito del alma. No quiero que el innombrable sepa que me prestaron plata a mí- lo sorprendí, lo abracé, le di mi respaldo, pues era lo que necesitaba en ese momento. Me sentí demasiado feliz.

En la semana siguiente, compramos el auto “nuevecito de paquete” y también evaluamos si nos convenía arreglar el cacharro o recibir lo que nos dieran por venderlo tal cual estaba. Simultáneamente mi hermano comenzó con el juicio del choque. Me daban ganas de contarle a alguien todo lo que yo tenía escondido y miraba a hermano que podía ser el más indicado para esos efectos, no obstante me arriesgaba a exponerme muy pronto todavía. No estaba segura de que él guardaría sólo para sí el gran secreto, la verdad nunca lo había puesto a prueba con una situación extrema como la mía, por lo tanto volví a desistir y me envolvió una soledad que atraviesa el corazón, sentí el desamparo de no poder compartir mi noticia, de sentirme amenazada, pudiendo haber estado todo idealmente perfecto si el bodrio no me hubiera traicionado. Pensé que había pasado más de 5 meses sola, sin pareja me refiero. Era una desagradable sensación de vacío de mujer. Tenía ganas de conocer a alguien entretenido, que me hiciera revivir y reencantarme conmigo misma y capté que aún no superaba el daño que me había hecho la tetona fea. Me arruinó la autoestima. Yo era feliz antes de que ella se

metiera con mi marido, porque nunca les conté como lo supe, tal vez ahora ya pueda decirlo, aunque sea en este cuaderno. Vi unas fotos indecentes de ella en el celular del tipejo (ni siquiera me animo a mencionar sus nombres, me causan náuseas).

Ese día no buscaba pillarlo, simplemente sucedió. Él se estaba duchando y le llegaban una seguidilla de mensajes al whatsapp. Quise desmayarme cuando tomé el teléfono con el propósito de pasárselo a él y me encontré con el espectáculo. Era la mina mandando las divinas fotos de sus pechugas gigantescas y cuánta cosa más. Un calor quemante me recorrió la espalda, las manos, el rostro, el estómago, en fin, todo. Quería tomar a ese infiel maldito y abofetearle la magnífica cara de macho cabrío con la que me conquistó el primer día, incluso recortarle todas las protuberancias de su cuerpo (eso creo que lo vi en una noticia hace años y me pareció una curiosa venganza, que ahora entendía mejor). Saliendo de la ducha era la situación perfecta, con todas sus cositas a mi alcance, sin embargo hasta eso me repugnó. Me hace bien acordarme de ese momento, porque a veces se me olvida y no es bueno. Definitivamente la amnesia es nefasta. Mejor será que la vida misma le haga pagar, no merece mi odio ni mis pensamientos. Que se vaya al carajo es suficiente para mí, sacarlo de mi vida me deja más que satisfecha... Circula no más y deposita la plata de Kevin, que él come todos los días.

¿Qué pasaría si pusiera a prueba la lealtad de mi hermano? Este estado mío, comenzaba a dañarme y no lograba ordenar todo lo que necesitaba ordenar, tenía que compartir mi alegría y mis ideas con alguien, pero tenía miedo de arruinar todo. Ya había pasado un mes desde el día que lo supe y hacía una semana que tenía una cuenta millonaria en el banco. Mis compañeras de trabajo me notaban dispersa e imprecisa en ciertas cosas, ¡y claro! Si me la pasaba pensando en los mil quinientos millones estúpidamente inalcanzables. Esto debería haberme sucedido un año antes, sin la vecina entrometida, no habría pasado nada de esto. Comenzaba muchas noches a desvelarme, me sentía agotada y a veces cualquier cosa me hacía llorar, sobre todo cuando me tocaba la cliente reclamona y déspota. Quería mandar todo a la mierda, tomar a Kevin y a mi familia e irme de viaje al caribe por un buen tiempo.

En mis desvelos sacaba cuentas inútiles, por ejemplo, calculé que la plata me alcanzaba para 136.488 paquetes de 30 pañales. Era parte de la locura absurda de todo esto.

Una noche, me daba vueltas la idea de la prueba para mi hermano menor. Él ya tenía el auto, y andaba feliz, dentro de dos días se lo entregarían, y no se preguntaba claramente cómo iba a devolverme el dinerillo que le presté. Obviamente me decía su manera, pero era una renta que no había conseguido hace mucho tiempo. Mi sueldo es fluctuante según las ventas que haga, pero pensemos que giraba en torno a los quinientos mil en los buenos meses. ¿Era posible que él pensara que en realidad me habían prestado ocho millones?

El secreto confiado, es idéntico a la flecha disparada, jamás volverá a tu boca... ¿existía alguien en el planeta capaz de soportar la presión de un secreto así?

Comencé a cuestionarme también la necesidad de hacerlo, si es que realmente el canalla me trataría de quitar la plata o era una fantasía más de mi cabeza. Recordé al chapulín y dije... "y ahora... ¿quién podrá ayudarmeeeeeeeeeee?"

Esa noche fría, llovía a cántaros y el zinc sonaba sin dejarme dormir. Una gotera en la cocina y otra en el dormitorio del papá hacían sentir la humedad reinante. Entonces me dije que sería imprescindible arreglar pronto la casa. No sé cuánto podría gastarme en eso, no obstante, era absurdo, egoísta y poco inteligente, vivir en esas condiciones si ahora tenía los medios para reparar. Había descartado de plano cambiarnos de barrio, pues eso era muy evidente según mis propósitos, pero realizar algunas mejoras a la casa era distinto. Lisa y llanamente diría que fue justo y necesario y lo hice en los siguientes meses, pues a medida avanzaban los maestros, se me ocurrían nuevos detalles. Me deben haber terminado odiando.

Así pasaban las cosas de mi vida, miraba con otros ojos mi entorno, era como tener la varita mágica de un cuento, ese don virtuoso de cambiar las dificultades por soluciones, las tristezas por felicidades, las angustias por tranquilidad. Mis padres toda una vida sufriendo por nosotros y nunca pudieron salir de la pobreza, pero mentiría si dijera que alguna vez me faltó algo, y si me faltó nunca lo supe, porque ellos llenaron todos mis espacios con su protección. Hoy en día, mi propia maternidad me obligaba a sopesar las responsabilidades de los adultos, de los padres, de la vida real. Quería que todos fueran felices de una vez por todas, pues tenía todo al alcance de mis medios. Eso me hacía feliz.

Un fin de semana había un carrete en el trabajo y las niñas insistieron en que fuera, porque hace rato me notaban un poco sensible y ya era tiempo de sacudir el human body... mi mamá no se hacía problema y se quedó con el niño. En todo caso, yo lo dejaba acostado y durmiendo, pero salía tranquila. Me arreglé y cuando me miré al espejo pensé que estaba bien guapa. Le sonreí a esa imagen que casi desconocí, porque con o sin fortuna, yo era una mujer rica y sellé todo con un beso al aire.

Me reí tanto esa noche, bailamos y cantamos karaokes. Los chicos de electrónica (los de esa sección en la tienda, me refiero) son bien simpáticos y bueno... todo bien...

En un momento cualquiera de la noche, fuimos con mi amiga al baño y me fijé que uno de los muchachos se había encontrado con una niña de la tienda, no le presté atención, pero con mi partner vimos que se demoraba y no la invitó a nuestra mesa ni nada. Pensamos que ella le estaba dando algún show, porque se tardó algún tiempo en regresar su sonrisa. Recordé que ella era del área de vigilancia creo.

Volví a casa exhausta y se hizo patente que estaba totalmente fuera de training para estos trotes. ¡Cómo te cambia las rutinas la maternidad y no te das cuenta que te vuelves madre, madre y más madre y yo soy mucho más que eso!

Mi mamá estaba sorprendida y contenta con las mejoras de la casa. Le dije que estuviera tranquila, porque me habían subido el porcentaje de mis comisiones y yo me haría cargo de todo. Luego me comentó que en mi siguiente día libre iría a control en el hospital con

el papá, pues esa hora ya la tenía hace tiempo, meses de anticipación, y no podía perder el neurólogo.

Yo aprovecharía de salir con Kevin. Hacía un par de años se había abierto una piscina temperada cerca del trabajo y pensé en llevarlo ahí para disfrutarnos en un espacio distinto. Así sucedió. Ese día nos arreglamos con el niño, preparé su bolso y el mío y nos tomamos ese tiempo para nosotros. Mi hijo es bello, lo miraba y pensaba si su sonrisa lograba conmovier a otros como a mí, si su papá alguna vez lo vio en toda su dimensión de inocencia de bebé.

Sentado en la piscina más pequeña, con sus alitas y chaleco, estaba feliz en el agüita tibia, repetía todas las frases que se sabe, salpicaba mi cara invitándome a su juego. Su vida era ese momento y yo, no existía nada más.

Me tendí en el agua flotando de espaldas, mi rostro era una isla rodeada por las algas de mi pelo largo. Respiraba certezas, inhalaba convicciones, inspiraba fortalezas y exhalaba las frustraciones al cielo. El destino me había cogido para algo grande y todo esto tenía que ayudarme a ser más feliz. Mejor que el bodrio hubiera salido justo a tiempo de mi vida, pues no se merecía mi dedicación y de a poco su imagen me iba causando indiferencia.

Al otro día yo trabajaba y el “don éste” apareció temprano en la puerta de mi casa para retirar a Kevin. Él no entraba, puesto que el día que dejó la crema, toda la familia (y quizás la cuadra completa) se enteró de mis motivos y mis padres le impidieron volver a poner un pie dentro. Salí yo primero a la reja y lo abordé...

- Oye, tú, creo que es preciso divorciarnos, para qué más elucubraciones, si ya ambos hemos decidido.

- Pero mi amor, ¿por qué tan dura? Yo no quiero divorciarme, averigüé sobre una terapia para parejas en conflictos como los de nosotros.

- ¡Esto es una broma! Por supuesto que no.

- Ya sé, estás saliendo con alguien, te enamoraste.

- ¿Qué te importa eso a ti? Estamos hablando de otra cosa, de nuestro divorcio, entiende. Si es de común acuerdo puede ser más rápido, de lo contrario tendremos que esperar tres años, o sea, ya serían dos y medio, porque el tribunal ya está notificado de nuestro cese de convivencia.

- No linda, no lo haré, yo aún te amo a ti.

- ¡Ay, qué lata!- Dije como mirando al cielo y me di la vuelta para ir por el niño.

Luego le dije al volver a la reja

- Tráelo temprano, no le dejes con su pañal sucio, su piel es delicada, almuerza a las doce en punto, no come dulces ni toma bebida y a las cuatro quiero que regrese, ¿todo claro? No esperé su respuesta, le entregué a Kevin y me entré a la casa, furiosa porque no lo pude convencer de la valiosa firmita que requería.

Mi mamá había observado parte de la escena y me reprendió, me dijo que su nieto no tenía por qué ser testigo de mis berrinches, me dijo además que madurara. Me tuve que morder la lengua para no contestarle, pues sabía en el fondo de mi corazón que ella tenía razón.

Ya en la tienda me sentía rara, me resonaba el “te amo” cada cierto rato. A la hora de almuerzo nos encontramos con los muchachos de electrónica y se sentaron con nosotras. Uno de ellos me pareció súper tierno y simpático y se me olvidó la confesión del canalla. No digo simpático porque fuese feo, al contrario, encima de bonito, me caía bien. Entonces alguien dijo que hiciéramos un grupo de whatsapp para organizar otra junta. Así obtuvo mi número y yo el de él.

Cuando nos separamos de ellos, le pregunté a mi amiga si me veía bien en la foto de perfil. Ella, para no herirme, me sugirió que me tomaría una nueva.

- Te gusta Tomás, ¿cierto?- me disparó a sangre fría.

- Uy flaca, ¡se nota mucho!

- No, tranquila, dale no más, ya te averiguamos que no tiene polola, ni menos señora. – ella siempre se adelantaba a lo que yo sentía, es demasiado perspicaz.

Al llegar a casa por la tarde, casi noche en realidad, mi hermano quería conversar. Me contó que el neurólogo retó a la mamá porque nuestro viejito no se movía, no se levantaba, no estaba haciendo sus ejercicios y dentro de poco quedaría postrado si no hacíamos algo.

Primero me sentí mal porque me había olvidado de preguntar cómo les había ido en el doctor, y luego me sentí peor cuando pensé que le habíamos dejado toda esa carga a mi mami.

- ¡Ya! Entonces qué vamos a hacer...

Conversamos largo rato, dirimiendo los dos sobre eso y tomando decisiones. Nuestro principal pilar no podía seguir enfermándose más y no había licencia para bajar nuestros ánimos.

Fui al dormitorio principal y lo que vi me quedó grabado. Han pasado años y esa imagen me emociona sin benevolencias, pues ya no está el viejito para volver a verlos juntos como esa noche. Mi madre le acariciaba su rostro con ternura y le besaba la frente mientras le conversaba algo que sólo ellos oían. Mi papá se reía, la miraba como quien mira alguna de las maravillas del mundo, como si la viera por vez primera. Creo que bromeaban con algo, se reían y en esa complicidad había un lenguaje que sólo ellos podían comprender. Mi mamita hermosa, sintió mi llegada y al darse vuelta, sus ojos brillantes hablaban otro idioma. Ella siempre ha sido otro nivel de mujer. La abracé queriendo haber invertido nuestros roles.

Pasaba lento el tiempo, se empecinaba en mi contra el odioso calendario, pero no hay plazo que no se cumpla ni traición que no se pague...

Un día llegué temprano a trabajar porque había paro de la locomoción y salí con demasiada anticipación con mi hermanito que me podía llevar en el auto. No había llegado casi nadie, era mucho antes de la hora de apertura del mall. Me fui a ordenar una partida nueva de ropa que había llegado, no porque sea tan buena funcionaria, pero no tenía nada más que hacer. En la bodega pensaba en el chico electrónico, a veces notaba que me miraba o se acercaba con alguna mala excusa, si yo hablaba algo en el whatsapp del grupo, él al tiro contestaba o si subía un estado al perfil, el primero en verlo era él. Me causaba cosquillitas de las ricas. Abrí su foto de perfil para mirarlo y tuve el impacto gigantesco de sentir su voz seguida de su mano tocándome el hombro por detrás de mí. No sé por qué estaba ahí tan temprano, quizás por el mismo motivo mío, pero no andaba nadie más en al menos quinientos metros a la redonda. Me



preguntó cómo estaba, si había llegado bien y luego quiso saber de Kevin. Bajé la vista y creo que lo interpretó como tristeza, entonces abrazándome, me besó.

Yo llevaba más de ocho meses totalmente alejada de las pistas, sin cariños, sin besos, sin nada de nada... pero no soy de fierro y caí en sus brazos como una elegante gacela. Apenas unos segundos después yo afanaba en el cierre de su pantalón, le sacaba la camisa y él hacía otro tanto con mi ropa. Era un lugar lleno de cajas amontonadas y con bastante tierra como para empolvase, sus labios buscaban todos los ángulos sensibles de mi cuerpo y yo reía nerviosamente tratando de ocultar alguno que otro defectillo que me molesta de mí, pero en verdad eso fue en el primer minuto, porque después perdió sentido y me entregué sin pudores. Me tomó en brazos totalmente desnuda y me acomodó sobre un montón de cosas más blanditas. Hicimos el amor muy apurados y con el pavor de poder ser descubiertos, así que tuvo que ser express, pero no por eso menos intenso. Lo deseaba desde la primera vez que salimos y sus besos llenaron mi boca, hasta ese instante, ausente y perdida. En la carrera vertiginosa de lograr saciarnos, habíamos disparado a cualquier parte las prendas que nos cubrían los morbos, y mientras las buscábamos y nos vestíamos, me decía cosas un poco típicas, por ejemplo, que lo disculpara, que no pensó nunca en que pasara eso, que él me respetaba, que sí le había gustado mucho, y no sé qué más. Entre medio de esas frases, yo intercalaba las mías que iban en el mismo tenor (supuestamente trataba de dar alguna señal de arrepentimiento, pues eso sonaba a femineidad), pero el brillo de mi pelo no me lo sacaría en varios días. Menos mal que después de mi Kevin, me había puesto el famoso DIU, porque con estos apuros no se hubiera alcanzado a nada más. Fue una de las locuras más extremas de mi vida. Sexo casual con un compañero apenas conocido y en mi lugar de trabajo.

En el día, mi mirada buscaba la suya y al revés también, su presencia era un imán para mis ojos y nos reíamos de éste nuevo secreto en mi vida. En la tarde se acercó a conversar y me dijo que empezáramos de nuevo, que quería andar conmigo o al menos volver a salir, que se sentía muy contento cerca de mí. Sus palabras envolvían todo, embriagaban mi racionalidad. Y así comenzó todo con él. No sirvo para jugar con los hombres, me gusta la formalidad de una relación tranquila, estable, protectora, cariñosa. A estas alturas ya no quería privarme de nada y él me gustaba demasiado.

Desconozco si hay algún motivo superior, pero mis días, por luminosos que sean, no pueden ser perfectos. Pasé al supermercado por pañales, y cuando estaba en la fila para pagar, veo a la vecina de mamás prominentes, tremendamente embarazada, exhibiendo su guata, la muy fresca. Quise haberle echado unos epítetos de los buenos, pero su útero cargaba a un inocente hermano de mi Kevin. ¡Qué atroz! El bodrio y ella estaban viviendo juntos y calculé que esa decisión debe haber sido presionada por la “buena nueva” de ellos. Transformé mi ira en fuerza interior y los garabatos atrapados en mi boca, los invertí en dignidad propia. Tomando aire, me iluminé de repente, supe que tenía una llave maestra y me admiré de mi astucia e inteligencia. Yo debería haber trabajado como estratega en alguna misión secreta con los rusos, por ejemplo. Soy demasiado genial y “raya pa’ la suma”... estaba feliz por la guagua, se estaba abriendo una salida inesperada. Con ésta idea casi esquizoide, lo llamé.

Primero lo saludé amable y lo felicité por su nuevo retoño. Él no entendía nada y creyó que quería ser sarcástica. ¡¡¡¡YOOO!!!! ¡Qué imaginación!

Luego le expliqué que mi abogado tenía listo un escrito para entregarlo al día siguiente al tribunal de familia, con el que luego de muy pocos días, caería preso si no me pagaba todo el retroactivo de las pensiones adeudadas (con ese lenguaje lo quería enredar un poco y que me sintiera empoderada). Pero como yo soy una mujer excepcionalmente buena, le proponía lo siguiente, una salida amistosa.

El canalla me seguía anonadado y me oía sin preguntar casi nada.

- Me das el divorcio y no te demando nunca más por Kevin, yo me hago cargo de él, llevamos la fiesta en paz, si quieres verlo me avisas y lo vienes a buscar, en fin, todo civilizado. Eso sí, primero la firma. Será un pequeño juicio de común acuerdo. En resumen, diríamos que las opciones serían pagarme el millón de pesos de aquí a mañana, o tomar el sol a cuadritos por unos meses, o bien, darme el divorcio. Te cortaré querido y te llamaré en media hora para que lo pienses.

Él me dijo de inmediato y sin titubear que se ceñiría a mis reglas, que nos divorciaríamos de común acuerdo.

Cuando corté pensé que había perdido varios kilos con toda adrenalina que tenía acumulada en mi cuerpo radiante y recién inaugurado.

En casa, en mi reino de amor y protección, bañe a Kevin, le di su leche, cepillé sus dientes y nos acostamos abrazaditos para soñar nuestro dulce sueño de un secreto millonario. Mi siguiente jornada de trabajo fue sorprendente. Había una niña que siempre rodeaba a mi chico electrónico, la misma de la noche del pub, nunca habíamos hablado hasta ese día, pues ella trabajaba con los guardias en el sector de las cámaras de vigilancia.

- Hola- me abordó de repente.

- Hola, disculpa, ¿nos conocemos?

- No, pero eso no importa ahora. Sé que te agarraste a Tomás. Ahí estamos mal. Lamento decirte que tengo una grabación de ayer.

- ¿Qué me dices?!!!!!!!- quedé helada y me costaba digerir aquello. Una vergüenza inimaginable.

- Está todo grabado por las cámaras de vigilancia en este aparatito- me mostró un pendrive.- Creo que tienes problemas, puedo hacer que te echen si no dejas a Tomás.

- ¿Quién más lo sabe?

- Ahora nadie más que yo, pero eso puede cambiar rápidamente. Se entiende la idea.

- Mira, hagamos algo, yo no sabía que Tomás era tu... ¿pareja?... yo te pago diez lucas y tú me das esa grabación y destruyes lo demás si es que existe otra copia. Y yo me olvido de él. Incluso puedo pedir que me cambien de tienda, pero no puedo perder mi trabajo.

- Diez lucas es muy poco, dame cincuenta.

- Ay querida, pero yo soy pobre y tengo a mi papá enfermo, mi hermano cesante, me dejó mi marido hace un año y mi hijo chico no ha recibido pensión, estoy en ese juicio. Por favor, te dejaré tranquila a ti y a Tomás, eso es lo que más te importa, creo. Te lo juro por mi pequeño Kevin- en la cartera tenía justo unos papeles del tribunal y se los mostré; en mi teléfono, mi pantalla tenía a Kevin de fondo que también le mostré.

Ella me creyó todo y quedamos en quince mil pesos, terminó casi teniéndome lástima. Cuando se fue, pedí a Dios que realmente no hubiera copias de mi encuentro furtivo y así fue, porque nunca nadie supo de eso. Literalmente, la saqué muy barata.

Mi teléfono sonó y era el abogado asombradísimo; quería saber qué le había dicho al canalla para este cambio de escenario. Ya se iniciaba el proceso de divorcio.

Cuando terminó el día, fui donde mi jefa y renuncié a ese trabajo que me incomodaba y no necesitaba. No obstante, antes de eso le hablé a Tomás, le dije que había tenido un problema delicado y necesitaba conversarle fuera de la tienda y en privado. No le adelanté nada, pero aceptó de inmediato mi propuesta. Su turno terminaba dentro de dos horas más y nos juntamos en un lugar alejado del mall.

Esa niña había sido su pareja un tiempo antes y eso explicaba muchas cosas. Sin embargo, explicaba el pasado, el presente éramos él y yo. El futuro también.

Han pasado cinco años de toda esta historia, mi papá murió un año después de mi divorcio, le dio un nuevo accidente cerebral y sufrimos mucho. Ese acontecimiento nos unió hasta el infinito como grupo, pues ahí, la cuenta del banco, valía menos que mi mochila de escolar. Mi mamá no se separa de sus nietos y por supuesto, de mí y mi hermanito del alma. Nos cambiamos de barrio a una villa tranquila donde vivimos cómodamente, pero en el estilo que siempre conocimos.

Tomás y yo nos casamos, tenemos una niñita maravillosa, yo terminé de estudiar el año pasado administración de empresas para que nuestro negocio tire para arriba con todo. Tenemos una tienda de ropa en un centro comercial muy bonito. Y sagradamente, cada verano nos tomamos largas vacaciones en familia, hasta con mi sobrina que ya es una lolita encantadora. Tengo el orgullo de decir, que el primer viaje que hicimos fue con mi papi a Disneylandia, él supo y disfrutó de toda la felicidad del mundo en sus últimos días.

Mi hermano tiene 3 taxis, que los ha comprado con su propio trabajo y esfuerzo, porque toda la plata que él me pagaba, finalmente yo se la devolví y el resto la juntó él, no quiso más ayuda directa. Pero mi sobrina es otra cosa y yo le pago con mucha alegría, el mejor colegio. Ese será mi legado con ella, sus estudios hasta el final.

Mi Kevin ya está en el colegio y es el mejor en matemáticas. Nunca me lo hubiera imaginado de un hijo mío.

Y bueno, el bodrio y la tetona ya no son tema, nunca me pudieron quitar ni un solo peso, puesto que, un mes después que firmamos el divorcio, yo le conté a mi familia que me había ganado el Kino ése fin de semana. Recién ahí, se hizo conocida mi situación de nueva millonaria. Soy millonaria en amor, en historias de vida, en felicidad, en

amistades verdaderas, en ternuras, en tiempo para mis hijos. No quiero dejar de soñar, pues eso es la vida.

Carocu

*La magia no está en lo que he escrito, sino en lo que mis lectores leen.*

Mayo 2017